



TALLER DIOCESANO DE LITURGIA

JUEVES, 21 DE DICIEMBRE DE 2017

Del libro:

CENTRO NACIONAL DE PASTORAL LITÚRGICA (FRANCIA), *El arte de celebrar, guía pastoral*. Editorial CCS, Madrid 2010.

2. LA APLICACIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

Del final del Vaticano II nos separan cincuenta años y esto nos permite hacer, si no un balance, que no encontraría aquí su lugar, sí un breve examen de lo ocurrido con referencia a la liturgia. La aplicación de la reforma litúrgica es satisfactoria en tres líneas, y en una cuarta, todavía deja algo que desear.

- 1) La primera, y la que ha tenido más éxito aparentemente, es la de haber permitido a las asambleas celebrar en lengua vernácula. Rezar y escuchar la palabra de Dios «en su propia lengua» (cf. Hechos 2,6) es una ayuda preciosa que produce frutos inagotables.

Aunque queden todavía mejoras por introducir, correcciones por hacer e incluso complementos por añadir al Misal y a los leccionarios -trabajos indispensables de mantenimiento que reclama una lengua viva-, nada de ello pone en cuestión el éxito del conjunto.

Sin embargo, hay que mencionar el problema que, en este punto, plantea la calidad literaria y litúrgica de muchos cantos utilizados en las celebraciones. Pero es un tema tan amplio, que merece ser tratado aparte.

- 2) Otra satisfacción es la de la vuelta de los ritos a su sencillez primitiva. Basta con leer la primera descripción de la misa que, en el año 150, hace san Justino en sus Apologías, para comprender el beneficio aportado por esta simplificación. El Vaticano II, en este ámbito, lo que hizo fue realizar el deseo formulado por san Pío X, en 1913: «Que este edificio litúrgico... aparezca de nuevo con el esplendor de su dignidad y armonía, una vez que se haya limpiado de las fealdades causadas por el tiempo» (¡sic!).

«La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido» (1Pedro 2,9; cf. 2,4-5). (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, n° 14).

- 3) Ya en 1903, san Pío X reclamaba de los fieles «una participación activa» que no esperó al Vaticano II para manifestarse en tres modalidades distintas y todas ellas innovadoras. En los años precedentes a la guerra de 1939-1945, y sobre todo posteriormente, se comenzó a responder a los diálogos hablados o cantados de la misa (Dominus vobiscum, etc.); después, gracias a los esfuerzos de la escuela de Solesmes (Francia), especialmente de Dom Gajard, se empezó a cantar en las misas solemnes algunos fragmentos del Ordinario de la Misa (Kyrie, Gloria...). Por otra parte, algunos movimientos franceses de la juventud de acción católica (JOC, SCOUTS, JAC...) y algunas instituciones (colegios, seminarios menores...) fueron incorporando cada vez más en sus misas los cánticos (Gloria al Señor y las dos Mesas, de la Palabra y de la Eucaristía) así como los salmos en francés (de Gelineau, Deiss...). De esta manera, el Vaticano II llegaba a Francia con un terreno preparado que siguió creciendo con sus aportaciones.
- 4) Por lo que se refiere al punto que deja aún que desear y que es el objeto de esta Guía, se puede decir que, en general, la aplicación de la reforma litúrgica en Francia ha puesto más interés en el significado que en el significante, en el sentido teológico que Mons. Coffy le da a estas palabras en su libro sobre la Iglesia (L'Église, Desclée, 1984, p. 32):

«El sacramento, en sentido amplio, es una realidad humana que realiza y manifiesta una intervención de Dios en nuestro mundo para la salvación de los hombres. Tiene un aspecto visible (el significante) y uno invisible (el significado). Como realidad del mundo, es objeto de análisis racionales; como realidad divina, es objeto de la fe. Pero no se pueden yuxtaponer las dos realidades, sino saber que no se alcanza el significado sino por el significante. La realidad visible se interpreta en la fe como acción salvífica de Dios».

Concretamente, esto significa que se ha tenido más en cuenta la comprensión del sentido gracias al empleo de las lenguas vivas, pero que se ha descuidado la manera de presentarlo, de decirlo, es decir, las actitudes, los gestos, el tono... Ahora bien, la liturgia, lo mismo que toda acción humana pública, no puede separarlos. En nuestra época, en que los medios de comunicación social ocupan un lugar importante en la comunicación, el modo como se presenten los mensajes es tan importante o más, para su comprensión, que el mensaje en sí mismo (cf. Mac Luhan). Existen varias razones que resumiremos aquí sin buscar cuál es la más importante:

- a) En primer lugar, la distancia que había puesto el latín entre la lengua litúrgica y su comprensión por la mayoría de los fieles era tan grande que es evidente que la primera preocupación fuese acortarla. Pero este hecho abrió puertas y ventanas a una avalancha de palabras con tendencias demasiado explicativas y moralizantes que entorpecía la acción en vez de descubrirla.

La liturgia no es una «lógica», «un saber seguro», como la teología, sino una acción, una urgía (de la palabra griega *ergon*, que significa trabajo, como en el de cirugía, metalurgia). La palabra leída, proclamada, recitada, predicada es indispensable a la liturgia, pero al servicio de la acción y no al contrario. Ese es el sentido del dicho, que nunca se comprenderá ni se aplicará bastante: «La liturgia hace lo que dice, no dice lo que hace».

«Quizá el punto débil de la reforma litúrgica, que ha modificado tan deprisa el estilo de las iglesias y la estructura de la misa en latín, es el haber querido racionalizar demasiado la oración eclesial, dando la primacía a la presentación, por lo demás deseable, de los textos en lengua vulgar y reduciendo en gran parte el significado simbólico —en contraste con la belleza gestual tan atrayente de los ritos orientales—, como si se tratara principalmente de un conjunto de normas y no de un misterio que compromete todo el ser y que debe, en primer término, vencer y asumir el inconsciente. A menudo, resulta de ello una especie de recitativo unidimensional, que se prolonga en un discurso continuo en que las palabras, reducidas a su propia materialidad, nos exhortan sin transformarnos, es decir, sin llegar a una penetración subliminal (en el nivel del inconsciente), que responde a otro lenguaje. De ahí surgen tantas iniciativas incoherentes que tratan de llenar un vacío mal identificado».

(Maurice Zundel, *Je est un autre*, Desclée de Brouwer, París, 1993)

En la consagración, por ejemplo, el sacerdote que preside no dice: «*Porque el Señor Jesús, la víspera de su muerte, ha hecho esto, nosotros vamos a reproducirlo...*», sino que dice: «*La noche misma en que fue entregado, tomó el pan en sus manos...*» y lo que se dice es lo que acontece.

Lo mismo, en la vigilia pascual no dice: «Voy a coger un cirio y encenderlo; su luz será el símbolo...», sino que toma el cirio, lo enciende con la llama del fuego pascual y canta: ¡Luz de Cristo! Sin duda será necesario, de vez en cuando, dar alguna explicación de uno u otro gesto, pero el lugar de estas explicaciones está en la homilía que dará sentido al misterio celebrado en los ritos. Los Padres de la Iglesia llamaban a esto *mistagogía*. Incluso las intenciones de la oración de los fieles sufren esta desviación: explican demasiado que hay que rezar... por esto o aquello... para que. .. Cuando casi sólo haría falta nombrar ante Dios a aquel o aquellos por cuya intención la asamblea está invitada a orar. A un sacerdote que se extrañaba de que uno de sus feligreses dejase la Iglesia para entrar en el *New Age*, le respondieron: «*¡Qué quiere! Nosotros queremos caminar y usted nos*

presenta discursos». Un buen arte de celebrar reclama una buena gestión de la palabra.

- b) La segunda razón nace de las dificultades que resultan de la conjunción de tres problemas de comunicación. Nos podríamos contentar con los dos cambios litúrgicos procedentes de la reforma: la lengua viva y la simplificación de los ritos. Es verdad que son cambios reales, pero limitarse a ellos escondería, como se ha hecho a menudo, el verdadero cambio originado en el Vaticano II, a saber: la forma de comunicación que concierne con prioridad al sacerdote presidente, pero también al animador del canto, al lector y a todos los que intervienen en el coro. Vamos a explicarlo.

Decir: *Dominus vobiscum* o «*el Señor esté con vosotros*» no implica el mismo tono comunicativo. La fórmula latina, porque tiene siglos y es lengua muerta, puede tener un tono neutro, informativo. Es una especie de signo rápido cuya función puede reducirse a indicar en qué momento se está. Por el contrario, la fórmula de la lengua viva pide una implicación personal en la comunicación del que la hace. La actitud comporta los gestos, la entonación de la voz no sólo deben responder a la verdad de las palabras, sino que también deben formar parte del mensaje que se dirige a la asamblea. De tal modo que una actitud corporal descuidada, un gesto torpe o tímido o una entonación inadaptada pueden impedir, al menos en parte, que llegue el mensaje aunque las palabras sean exactas.

- c) El segundo problema de comunicación viene de lo que llamaríamos la posición «*frontal*» del sacerdote que preside. Celebrar de espaldas al pueblo y en latín, podría ocultar muchas incorrecciones. Sin embargo actualmente, el celebrar de cara a la asamblea, permite ver la compostura del sacerdote, sus ornamentos, su serenidad o su agitación, la expresión, conveniente o no, de sus gestos, de sus manos e incluso de su rostro. Se trata de una situación comprometedora, tanto más cuanto que son muchos los sacerdotes que, sin preparación alguna, han pasado de un sistema de ritos estereotipados y cerrados a un modo a través del cual el rito permanece abierto con vistas a una mejor comunicación.

Finalmente, el sacerdote que preside o el animador del canto no son presentadores de telediarios o animadores de otras emisiones, y no deben serlo. Pero ocurre que la imagen del comunicador que tienen los fieles procede de tales presentadores o animadores de televisión. Y con esta imagen es como los fieles inconscientemente juzgan la capacidad de comunicación que poseen quienes a ellos se dirigen en público. No se trata de hacer de la misa un espectáculo, pero esta situación viene a incrementar el efecto negativo de las dificultades ya mencionadas.

- d) Queda por señalar un problema no menos importante. En un análisis profundo, sin duda **el rito** es lo que se presenta como más radicalmente importante.

El concepto de rito que se tenía cuando llegó la reforma, dependía en su integridad de lo que se decía de él en el Misal anterior al Vaticano II. El rito tenía, por así decirlo, mala prensa, porque era ritualista y minucioso, riguroso hasta crear escrúpulos: algo completamente fuera de la realidad de la vida. Tanto

más cuanto que en esa misma época, la expansión de la evangelización hacía que la preocupación misionera dirigiera su atención más a las realidades humanas que al culto. Era, pues, necesario recuperar un atraso y llenar una distancia: recuperar el retraso de la Iglesia respecto a las duras situaciones económicas que se vivían en los medios obreros y agrícolas; la distancia que la Iglesia tenía de los hombres y mujeres que vivían en esos ambientes y no veían a la Iglesia de su parte. El impacto que causó en 1943 el libro de los sacerdotes Henri Godin e Yvan Daniel: *France, pays de mission?* y la experiencia de los sacerdotes obligados al STO en Alemania dieron sus frutos. La admirable historia evangélica y eclesial de ese movimiento tenía, sin embargo, un fallo: se ocupaba, casi exclusivamente, del aspecto socioeconómico en detrimento del cultural y del antropológico. Un obrero y/o un parado, no son sólo eso. Tienen su modo de pensar, de vivir, es decir, comportamientos y referencias que no dependen sólo de su situación socio-económica, sino también, de su entorno cultural. Esta cultura la llevan profundamente inscrita, se diría que hasta en sus genes. El interés por los ritos forma parte de lo que faltó en la preocupación de los agentes eclesiales (laicos y sacerdotes), de aquella época.

Rehabilitar el rito

La falta de costumbre que tenía la Iglesia católica de hacer reformas litúrgicas, impidió al Vaticano II prever los efectos de sus decisiones en los cambios rituales. El rito es, a la vez, de piedra y de fuego, como lo ha demostrado la explosión de las ciencias humanas y sobre todo la antropología, a partir de los años sesenta (¡precisamente la misma época!). No es este el lugar para elaborar una teoría sobre el rito. Sin embargo, bueno será recordar algunos elementos que se refieren más concretamente al arte de celebrar.

El conocido médico inglés, pediatra y psicoanalista, Winnicott, afirma que todo el comportamiento ritual humano tiene su origen en el ritual para que el bebé se duerma: cogerlo en brazos, decirle palabras dulces y tiernas, cantarle nanas, poner al bebé en la cuna, decir palabras y hacer gestos cariñosos, apagar la luz progresivamente, que el pequeño agarre su juguete favorito... que Winnicott llama el objeto transicional, es decir, algo (la punta de la sábana, de la manta ...) que le va a proporcionar «transitar» de la cálida presencia de la madre (o del padre) a la frialdad de la soledad. Cuando la madre (o el padre) deja al niño solo, va siendo, poco a poco, él mismo sin el otro. El rito es un itinerario que da paso (ritos de paso) hacia otra parte, hacia otro estado que genera y estructura la identidad personal.

Cualquier acto ritual es de esa naturaleza y nos sorprendería, después de este relato sobre el sueño del bebé, que alguien dijera que el rito es ajeno a la vida. ¿Y si el rito fuera el camino indispensable por el que la sociedad marcara la identidad personal? ¿Quién no ve que matrimonio y funeral son del mismo orden? Pero, ¿qué pasa con la liturgia de la misa dominical? Confiemos en que no sea un modo de dormirse, pero ciertamente sí es una operación transicional, un «paso» social de un estado a otro.

A través de las acciones, actitudes y palabras que marcan el itinerario de la misa, los miembros de la asamblea forman el Cuerpo místico de Cristo que ofrece al Padre el

sacrificio de acción de gracias de su Hijo, uniendo su ofrenda a la suya y comulgando en ella para «llegar a ser aquello que recibe» (san Agustín). La misa es un buen itinerario de transformación social que desemboca en un cambio de identidad. Toda proporción guardada, ¿no es lo que le sucede a la señorita X, que entra en la iglesia para casarse y sale de ella siendo la señora X? ¿Acaso el matrimonio no es el sacramento de la Alianza y su cima, la eucaristía?

No existiría ningún arte de celebrar la liturgia si antes no se aceptase el rito, es decir, la necesidad de conducir bien esos itinerarios que operan en los participantes la transformación, por la gracia, que propone a los cristianos la liturgia.

Por eso, no son detalles: la señal de la cruz desde este punto de vista es tan importante como el gesto de la elevación o el de dar la comunión. La calma con que se recita una oración es tan importante como la fuerza de una homilía o el lirismo contenido de un Prefacio. La vida cotidiana de los hombres y las mujeres está hecha de mil pequeñas acciones, de «estar con» (abrazar, besar, dar la mano, saludar ...), actitudes codificadas por la sociedad; sin ellas, la vida social sería, sencillamente, inviable. ¿Cómo podría desinteresarse y pasar de esto la vida social en Iglesia? Pero si acudir al rito se convierte en ritualismo, puede ser tan peligroso como pensar que se puede prescindir de él. El rito no está ausente de ningún ser humano, sea cual sea su estatus social, su ambiente o su condición. Es necesario restablecer el rito porque el hombre social es rito.

Celebrar con todo el cuerpo

Exagerando y con la única intención de hacer comprender mejor lo que nos proponemos, digamos que muchos sacerdotes dan la impresión de celebrar sólo con la palabra y que, cuando hablan, reducen los gestos que acompañan a lo que dicen (porque sólo tienen en cuenta las palabras) y, sobre todo, los gestos y las actitudes que no acompañe una palabra: desplazarse de la sede al ambón, una actitud de escucha a la lectura, una manera de recibir el cáliz y la patena en la presentación de las ofrendas, una postura de admiración adorante en el *Sanctus* cantado por toda la asamblea, un gesto de invitación al decir: «Oremos»...

Y, ¿qué decir de algunos animadores del canto que no cesan de agitar los brazos desde que se cantan tres notas o del lector de la oración de los fieles que se marcha a su sitio mientras el sacerdote dice la oración conclusiva?

Ya lo hemos dicho: el mensaje no son sólo las palabras. El modo como se dicen forma parte de una buena transmisión. ¡En la liturgia, todo habla!

La liturgia no es teatro, pero necesita una pequeñita puesta en escena y su organización tiene que corresponder al sentido de lo que se dice y se hace. ¿Qué diríamos de una obra de teatro, con un buen texto, pero que se viniera abajo por el descuido de los actores en la dicción y por la puesta en escena?

El arte de celebrar no pide sólo que se diga esto o se haga aquello, sino que se diga y se haga con gestos y actitudes «*con una noble sencillez*» (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, n° 34) y con comportamientos que ocupen el espacio, es decir, que no sólo se realicen, sino que den sentido a lo que se dice y se hace: súplica, alabanza, acción de

gracias, diálogo... La sede del sacerdote no es una butaca de una sala de espera, sino el lugar donde está quien representa sacramentalmente a Cristo, verdadero presidente de la asamblea. El ambón no es la cátedra de un profesor o el atril de un director de orquesta, sino el lugar desde donde el Señor habla a su pueblo por medio de los lectores o del predicador. El altar no es una mesa desde donde un tribuno exhorta a su público, sino la mesa de la Acción de Gracias donde el Señor nos ofrece su cuerpo entregado y su sangre derramada. En liturgia, el espacio debe hablar por sí mismo, según esté dispuesto el mobiliario, las cosas y las personas.

Los cinco sentidos

Es raro que se haya pensado que se pudiera reformar la liturgia preocupándose de darle sentido mientras se dejaban de lado los cinco sentidos. ¿Qué cerebro podría funcionar sin cuerpo? El hombre en su totalidad es el que celebra, como dice admirablemente este texto del filósofo Michel Serres (*Les cinq Sens*, Grasset 1985). *El hombre es pensante y sintiente en el mismo nivel e implicación. El hombre vive y se expresa, piensa y se relaciona con los cinco sentidos de su cuerpo. «La música, el sentido, así como el éxtasis, salen de esos resortes que son los cinco sentidos»*. El que lo dice es un filósofo, un hombre que no puede levantar sospechas de despreciar los sentidos.

Estas reflexiones conciernen, en primer lugar, a cada uno de los actores principales de la celebración, sobre su modo de comportarse, de decir, de leer o de animar; pero, también, conciernen a la asamblea:

- ¿Qué se le ofrece para ver?
- ¿Qué se le ofrece al oído? ¿Oye su voz la asamblea cuando canta o sólo la del que anima el canto, exageradamente amplificadas por la megafonía?
- ¿Qué se le ofrece al olfato? Quizá no sea recomendable utilizar el incienso sistemáticamente. Pero, en la época de los desodorantes, ¿no se podría olvidar celebrar el olfato!
- ¿Qué se le ofrece al tacto? La materia con la que están hechas las hostias, ¿es tan consistente como para recordar que es pan?
- ¿Qué se le da para gustar? ¿Tiene la posibilidad de comulgar con la sangre de Cristo al gustar el vino?